Rubio recibe a Blanco; Delcy espera

Antonio De La Cruz
Director Ejecutivo
3/Nov/2026

Washington abrió una puerta diplomática al gobierno interino de Delcy Rodríguez mientras María Corina exige elecciones. Pero la verdadera disputa no es quién consigue una audiencia con Donald Trump, sino quién controla las instituciones y el calendario de la transición.

Hay una vieja regla en la diplomacia de las grandes potencias: el lugar donde se recibe a un gobernante puede pesar tanto como lo que se le dice. En el siglo XIX, las cortes europeas usaban el protocolo para fijar jerarquías sin declararlas: una audiencia con el monarca era una cosa; una conversación con su ministro, otra. Dos siglos después, Washington sigue hablando ese lenguaje.

Este lunes 2 de noviembre, el secretario de Estado Marco Rubio se reunió con Oliver Blanco, el nuevo canciller venezolano nombrado por Delcy Rodríguez el 29 de octubre. Su antecesor, Félix Plasencia, representaba la continuidad del aparato que sobrevivió a la captura de Maduro en enero. Blanco intenta reconstruir la interlocución del gobierno encargado. La distinción parece burocrática. No lo es.

Estados Unidos puede hablar con quienes ejercen el poder sin concederles toda la legitimidad que reclaman, y puede convertir el acceso a sus instituciones en un incentivo para arrancar compromisos. La pregunta es si esa estrategia facilita una transición democrática o simplemente administra una nueva versión del viejo orden.

La fotografía y el poder

Delcy Rodríguez aspira, según se discute en Caracas, a una recepción presidencial en Washington. Pero al Departamento de Estado llegó su canciller, y quien lo recibió fue Rubio, no Trump. La diferencia importa. Una reunión ministerial establece interlocución; una visita a la Casa Blanca transmite un respaldo mayor. Ninguna, por sí sola, confiere legitimidad democrática.

Los gobiernos han confundido deliberadamente tres cosas: acceso, reconocimiento y legitimidad. La diplomacia abre puertas, pero no fabrica el consentimiento de una sociedad. Por eso la cuestión no es qué fotografía obtiene Blanco, sino qué compromisos puede presentar después de la reunión.

¿Habrá renovación efectiva del Tribunal Supremo de Justicia? ¿Un Consejo Nacional Electoral independiente? ¿Garantías para los partidos? ¿Un calendario presidencial verificable? Sin respuestas, la normalización diplomática puede sustituir a la transformación política.

Copyright © 2013, Interamerican-Trends

La mujer que cambió el tablero

La reunión ocurre tras el regreso de María Corina a Venezuela el 25 de octubre. Su presencia altera una negociación que pudo ser solo entre Washington y Caracas. María Corina introduce lo que ningún acuerdo entre cancillerías puede eliminar: la legitimidad reclamada por una oposición que exige elecciones y garantías.

Aquí aparece una paradoja vieja: un gobierno puede conservar ministerios, tribunales y recursos mientras pierde capacidad de generar consentimiento, y sus adversarios pueden reunir apoyo social sin controlar una sola institución decisiva. Venezuela muestra esa separación entre autoridad administrativa y legitimidad disputada. Delcy dispone de los instrumentos del Estado; María Corina intenta convertir respaldo ciudadano en cambios institucionales; Washington puede modificar los incentivos de ambas. Ninguno controla por completo el resultado.

El verdadero precio de las concesiones

Las negociaciones suelen fracasar porque los participantes temen perder más de lo que esperan ganar. Para Delcy, limitar el control del Ejecutivo puede ser una pérdida inmediata, incluso si facilita la recuperación económica. Para María Corina, negociar sin calendario arriesga su capital político acumulado. Para Washington, una ruptura compromete estabilidad, energía y seguridad, pero un acuerdo sin garantías también cuesta.

De allí la tentación de prometer reformas graduales sin fechas definitivas. El problema es que una transición sin plazos puede transformarse en una forma de permanencia, y las palabras diálogo, convivencia y reconciliación pueden volverse fórmulas ambiguas sin obligaciones concretas. Una promesa de renovar el CNE no equivale a designar autoridades independientes, una declaración sobre libertades no sustituye su ejercicio, y una intención de convocar elecciones no es un calendario. La diferencia entre una transición y su representación teatral está en la capacidad de verificar resultados.

Washington y el arte de conceder poco

Rubio puede mantener abierto un canal sin comprometer anticipadamente todas las recompensas. Una reunión ministerial ofrece interlocución; beneficios económicos o autorizaciones regulatorias podrían negociarse después, bajo condiciones específicas. Pero si los incentivos llegan antes de las reformas, Caracas podría cobrar sin cumplir; si las exigencias son imposibles, las conversaciones se estancan. El equilibrio exige compromisos recíprocos y verificables, para que nadie presente una declaración como victoria definitiva.

Copyright © 2013, Interamerican-Trends

Los acuerdos entre dirigentes no siempre producen cambios duraderos. Las instituciones deben modificar su comportamiento: un tribunal renovado tiene que actuar con independencia, un organismo electoral necesita reglas creíbles, las fuerzas de seguridad deben respetar derechos políticos, y los ciudadanos necesitan garantías para organizarse, expresarse y votar. Sin esas condiciones, el cambio de nombres puede ocultar la continuidad de los mecanismos de poder.

Los cuatro relojes

La negociación venezolana está sometida a cuatro calendarios que avanzan a velocidades diferentes. El institucional: renovación del TSJ, designación del CNE y convocatoria electoral. El social: las expectativas de una ciudadanía que espera resultados. El diplomático: los tiempos y las condiciones de Washington. Y el estadounidense: las legislativas del 3 de noviembre y el nuevo equilibrio del Congreso. Estos relojes no están sincronizados: lo que para un gobierno es reforma gradual, para sus adversarios es dilación, y lo que para Washington es avance diplomático puede resultar insuficiente para quienes esperan ejercer sus derechos.

Trump también tiene sus propios intereses: ubicación estratégica, energía, migración, seguridad regional. Pueden coincidir con una transición democrática, pero no son idénticos. La estabilidad inmediata y la legitimidad de largo plazo son bienes distintos, y confundirlos ha sido un error recurrente de las grandes potencias.

La prueba de Rubio

La reunión no debe juzgarse por la cordialidad ni por el tamaño de la delegación, sino con preguntas concretas. ¿Se acordaron procedimientos para renovar las instituciones? ¿Existen fechas? ¿Quién supervisará los compromisos? ¿Qué garantías tendrán los actores políticos? ¿Cómo se resolverán los incumplimientos? La presencia de María Corina en Venezuela hace que esas preguntas sean más difíciles de evitar: la oposición ya no puede ser tratada como un actor distante, pero tampoco basta con la movilización. La energía social debe traducirse en instituciones: la dificultad de toda transición es convertir una correlación provisional en reglas aceptadas incluso por quienes pierdan. El objetivo no es reemplazar una concentración de poder por otra, sino construir instituciones que sobrevivan a sus protagonistas.

La historia no se decide en una fotografía

La reunión puede abrir una negociación más estructurada o terminar como otro episodio de normalización sin resultados. Todavía no hay razón para confundir una posibilidad con un desenlace. Delcy busca ampliar su interlocución; María Corina exige garantías y elecciones; Washington intenta conciliar intereses estratégicos con una salida política. La prueba llegará cuando eso deba traducirse en decisiones concretas.

Copyright © 2013, Interamerican-Trends

Porque el problema de Venezuela nunca fue solo quién ocupa la presidencia o consigue una audiencia en Washington. Ha sido la ausencia de instituciones capaces de limitar el poder y permitir su alternancia mediante elecciones confiables. Rubio puede recibir a Blanco en el Departamento de Estado, Trump podría recibir algún día a Delcy en Casa Blanca, María Corina puede seguir reclamando una fecha. Ninguna de esas imágenes resolverá la cuestión fundamental. La transición venezolana comenzará a demostrar su profundidad cuando las reglas sean más importantes que quienes las administran. Hasta entonces, Washington podrá abrir todas las puertas que quiera. La que verdaderamente importa sigue siendo la de las urnas.

Copyright © 2013, Interamerican-Trends